

papel que hagan en la tribuna: hombres de entendimiento muy mediano, ineptos para el despacho de los negocios, inútiles en los días de acción, y de cultura muy superficial, se presentan con gran aparato intelectual en ciertas discusiones; por eso la aparición de un orador no nos entusiasma sino por su parte artística, pues la cualidad de hablar en público, si da tanto lucimiento al que la posee, nos parece peligrosa hasta no tener seguridad de que responda á un talento muy sólido, pues tiene algo de absurdo que pueda la voz de las muchedumbres estar á la disposición de la débil cabeza de un cualquiera.

La mitra española hizo un papel airoso en la tribuna: la práctica del púlpito no es á propósito para la elocuencia fogosa de los parlamentos, sino en el fácil manejo de la palabra. La diferencia de ambos géneros de oratoria nos recuerda la distinción que hacía un literato de escribir para el libro ó escribir para un periódico. Lo primero, decía, es cantar en la capilla Sixtina; lo segundo, cantar en el Real.

La segunda tentativa de asesinato contra el mismo Guiteau refleja las costumbres del pueblo americano, tan propenso á tomarse justicia por su cuenta. La práctica del *lynch* está tan arraigada en el carácter de aquel pueblo, que no tiene paciencia para esperar las actuaciones judiciales. Guiteau está condenado á muerte por todo el pueblo, sea ó no un maniático. Aquel desdichado ya sólo tiene un refugio contra las iras del pueblo, que le mira con rencor: la horca.

Lo que no se concibe es por qué arrojarían el revólver cargado al salón de sesiones italiano. Como acto de barbarie, se comprendería que hubiesen disparado el arma; pero lanzar el revólver no tiene explicación. Sin embargo, el autor de ese acto misterioso acaso haya logrado su deseo, si era el de hacerse célebre. El telégrafo ha transmitido el hecho á todas las naciones; todo el mundo se ha fijado en él con curiosidad, y ésta es la hora en que nadie sabe si merece haber fijado en ello la atención.

Los franceses se habían olvidado de Bu-Amema, y acaso hubieran pasado por delante de sus posesiones sin causar daño en ellas, á no ser porque la proeza, que todavía no se han explicado bien, ejecutada por el audaz Si-Sliman, les recordó el hecho bárbaro del caudillo oranés. Sin embargo, hay poca analogía entre ambos hechos: Bu-Amema acometió á gentes inofensivas, confiadas en el seguro de la paz; su acción fué inhumana: Si-Sliman, burlando la vigilancia de un ejército superior y aguerrido, usó de ardidces licitas en la guerra, demostrando grandes cualidades militares, y haciendo estragos con gran riesgo en su enemigo; la acción ha sido heroica. Pero los franceses no han podido menos de hacer un paralelo natural: los daños recibidos de éste han recordado los causados por aquél. ¿Y en qué momento? Cuando tenían á la vista las palmeras que surtían de dátiles y formaban el patrimonio del Marabut. Ya no recogerá su fruto dulcísimo Bu-Amema, ni contará á su sombra las matanzas que ordenó, ni tejerán con sus ramos esteras para que recline la cabeza en las horas del calor, ni le servirán sus hojas de abanico. Las palmeras han sido derribadas por el ejército francés.

Pero la venganza no puede satisfacer ni á los mismos que la han consumado: no es el árabe afecto, como nosotros, á las plantaciones ni á lo que tiene fijeza material; prefiere la casa portátil á la que sólo se mueve cuando cae; ama su raza más que su patria, porque con aquélla vive en todas partes, y la otra le clava en un sitio reducido, siendo tan ancho el mundo; adora á su caballo, símbolo de la emigración y de la ligereza, y cede á sus mujeres, más ligeras todavía que el caballo.

Francia no está satisfecha de la caída de las palmeras, que es una venganza de leñadores. Hasta ahora el bárbaro lleva la ventaja: él segó cabezas de cristianos; los franceses han guillotinado árboles.

La crónica triste tiene que plantar en estos días tres cruces sobre tres sepulturas.

Una dedicada al contraalmirante D. Santiago Durán y Lira, comandante general del apostadero de Filipinas, bravo marino, político de ideas moderadas, que antepuso su conciencia. Su epitafio, escrito por un periódico contrario á sus ideas, no puede ser más bello: «Fué un militar bizarro y un político honrado y consecuente.»

Cuando el gran actor D. Antonio Vico se despedía de los malagueños, interpretando con sublime naturalidad, y con ese calor dramático que no da el arte, sino el verdadero sentimiento, el papel de protagonista en *El Nudo Gordiano*, ignoraba que había perdido en aquellos momentos á su padre, actor retirado y estimable; toda despedida es triste, aunque se celebre con aplausos como aquéllos; pero ¡qué tristes ecos tendrán para D. Antonio Vico los que resonaron aquella noche en sus oídos! El público de Málaga sabía la desgracia, y había en aquellas salvas de aplausos el saludo para el mérito, y el pésame para el hijo cariñoso.

Un laborioso periodista, D. José María Alcántara, ha perdido la prensa madrileña. Murió como los militares que caen en el campo de batalla: junto á la mesa de la redacción, delante de sus cuartillas. Sus últimas miradas se fijaron acaso en un papel blanco donde iba á estampar sus últimas ideas. La muerte le hizo caer la pluma de la mano, y en aquella hoja de papel sus compañeros de redacción escribieron la noticia de su fallecimiento.

¡Cómo ha de ser! ¡Un compañero menos! Todos vamos desfilando.

Los filántropos ingleses se han conmovido extraordinariamente con el descubrimiento hecho por el abogado monsieur Littiers, en Constantinopla, de trece niños ingleses, comprados á su familia por un saltimbanquis árabe, Mohamed, el cual especulaba con ellos, después de adiestrarles en su oficio.

Pero el inglés tiene, aun al dar expansión á sus sentimientos más nobles, el instinto invencible del cálculo; la prensa de Londres, al relatar el hecho, refería, escandalizada, que aquellos niños habían sido vendidos en cantidades insignificantes, que variaban entre doce y veinte duros. Es decir, se indignaban de la venta y de que los niños costasen tan baratos.

No es mal argumento el hecho que delatan los periódicos ingleses, para contestar á los propósitos británicos, cuando tratan de impedir, ya el tráfico de negros en otros países, ya la explotación de otras razas. Impida la Gran Bretaña que los padres vendan á sus hijos y los maridos á sus mujeres en su país, y tendrá mayor autoridad para fundar su protección desinteresada respecto de los extraños.

Seamos justos, sin embargo: esas iniquidades, contra las cuales se revuelve airado el corazón, son crímenes ignorados, que se cometen á espaldas de la ley, no en Inglaterra, sino en todas las naciones. Los reformistas que sin seria meditación tratan de alterar la organización de la familia cristiana no calculan los daños que producen al enfriar en el corazón del pueblo el santo calor de esas afecciones. Toda fuerza legal, toda presión moral que obligue á cumplir los deberes naturales, y consolide y una la familia, será poca para proteger á los más débiles.

La trata de los niños no es una excepción, como no lo es, por desgracia, el infanticidio; en toda población grande se ejercen horribles especulaciones con la infancia, y bullen por las calles y duermen en los rincones infinitas criaturas sin padres, restos de familias deshechas, ó sobrantes de familias que no caben en un zaquizami, ó nacidas de padres sin conciencia.

¡Pobres niños! La caridad suele recogerlos en silencio; la codicia explota á muchos, y los demás, Dios los alimenta como á los pajarillos, cuyos padres salen del nido para no volver jamás.

No creemos que haya interés alguno en fingir una historia cuya invención tendría poco mérito y desviaría á los sabios que estudian la longevidad humana. Descartamos, sin embargo, que algún lector de Bogotá nos diese noticias ciertas de si existe en aquella ciudad, como se dice, un anciano llamado Miguel Sollo, el Matusalen de nuestros tiempos, al cual se atribuye por lo menos la edad pasmosa de ciento ochenta años, aunque algunos pretenden que debió nacer en el siglo XVII, reinando en España Carlos II el Hechizado.

Basta, no obstante, la edad ya citada para saludarle con respeto, pues tendría ciento siete años el día 2 de Mayo de 1808.

Cuéntase, y esto nos parece ya novela, que hace algunos años se descubrieron en una excavación algunas momias y acudieron muchos curiosos á ver aquellos cuerpos petrificados por el tiempo. Miguel Sollo era uno de los curiosos, y al ver á una de las momias, no pudo contener las lágrimas.

—¿Conoce V. acaso á esa momia?—le dijeron.
—¿No la he de conocer?—respondió Sollo sollozando:—ha sido novia mía.

Segun *Ignotus*, espiritual redactor de *El Figaro* parisienese, el célebre químico Mr. Pasteur se ocupa en averiguar las causas de dos terribles enfermedades, la rabia y la fiebre amarilla, buscando la manera de combatirlas. ¿Habrá otra gran inteligencia como aquélla, unida á un gran corazón, para arrancar al cólera morbo el secreto de su poder? La soberbia humana tiene que confesar su pequeñez y su impotencia á la aparición de aquella plaga misteriosa, ante la cual, digan lo que quieran los incrédulos, no hay más que doblar la rodilla y decir con resignación:
¡Dios tenga misericordia de nosotros!

Otra conspiración descubierta contra la vida del Czar. El crimen empieza á ser monótono. Por nuestra parte, agotadas las fórmulas periodísticas para condenar esos horrores, nada tenemos que decir.

¿Qué se proponen los nihilistas? ¿Agotar la serie de los czares? No lo conseguirán, porque la raza humana no es sino un tejido de parientes. ¿Acelerar la historia, haciendo que los czares desfilen más rápidamente por el trono? No por eso la humanidad ha de marchar más de prisa.

La política es el arte de transigir con las circunstancias sin dejar de dirigirse hácia donde conviene. No creemos que en el estado actual de Rusia quepa otra transacción que la siguiente: la mayoría del pueblo ruso ama á sus czares. Los incansables conspiradores se han empeñado en destruirlos. Rusia necesita un czar nihilista.

La escena pasa en un puerto del Cantábrico: un inglés alquila por horas una lancha. Entra en ella, se emboza en su manta mientras preparan los remos, y ya listos, pregunta el patrón al extranjero:

—Milord, ¿á dónde vamos?
—Lléveme V. al polo Norte.

Don Joaquín S..., nacido en un país del Norte, sólo conocía de nombre la caña de azúcar.

—¿Recibió V. la caña que le envié ayer?—le preguntó una señora á los dos días de su llegada á la Habana.

—Sí, señora, y agradecí mucho el regalo.
—¿Se la comió V. toda?

—¡Qué! ¿se comen en Cuba los bastones?
—Sí es una caña de azúcar....
—¡Ah! ¿con que, era un baston en dulce? No lo sabía, señora, y le he mandado poner un puño de oro.

Un caballero setenton hace la corte á una muchacha de diez y siete años.

—Dicen que se casa V. con ella: ¿es verdad?—le preguntó un amigo.

—No, señor; la chica nació en África y no me conviene: las africanas tienen mala vejez.

Se quejaba ayer de su triste situación un caballero que bajaba de un coche de alquiler.

—Pero, hombre—le decían—¿por qué no reduce usted sus gastos? ¿por qué va V. siempre en coche?

—Es una historia triste—contestó.—Tomé el coche hace un mes por una carrera nada más, y en el camino observé que era falsa la única peseta que tenía. En aquel apuro, me vi en la precisión de usar el carruaje todo el día: llegó la noche, y ajusté el coche por meses: hoy voy á hacer el trato por un año: y como la cuenta va subiendo, sólo podré despedir el coche cuando sea millonario.

Se hablaba de la conveniencia de emplear en casas los capitales.

—Eso creía yo cuando edificaba mi casa—expuso un propietario;—pero al año siguiente de construida observamos que se hundía lentamente en el terreno: á los cinco años el piso bajo se había convertido en sótano: luego desapareció el cuarto principal, y hoy el piso tercero está al nivel que tuvieron las bodegas. Mi casa yacerá hacia el centro de la tierra y doy mi capital por enterrado.

—Pero será una exageración....

—No lo es: el alero del tejado sobresale de la tierra un pie nada más.

—¿De modo que no podrá V. utilizar para nada el edificio?

—Sí, señor; me sirve de banquetea.

JOSÉ FERNANDEZ BREMON.

NUESTROS GRABADOS.

EXCMO. SR. D. SANTIAGO DURÁN Y LIRA,
contraalmirante de la Armada.

El telégrafo de Oriente comunicó á esta corte, pocos días hace, una triste noticia, que produjo dolorosa impresión en los altos círculos políticos y llenó de profundo desconsuelo, sólo mitigado por la resignación cristiana, á una distinguida familia: el excelentísimo Sr. D. Santiago Durán y Lira, contraalmirante de la Armada, que ejercía en Manila el elevado cargo de Comandante general del apostadero de Filipinas, había fallecido el día 21 del mes que concluye.

A breves apuntes hemos de reducir, con harto pesar nuestro, la biografía del ilustre marino, el tercer contraalmirante que pierde España en el año actual, y que había cumplido cuarenta y seis años y seis meses de buenos servicios á la patria.

Nació el Sr. Durán y Lira (cuyo retrato damos al frente de este número) en la modesta villa de San Simon (Pontevedra), el 11 de Octubre de 1818, siendo hijo del teniente de navío don Juan Durán y de D.ª María de Lira; ingresó en el Cuerpo general de la Armada, en clase de guardia-marina, el 16 de Mayo de 1835, ascendiendo reglamentariamente á todos los empleos de la escala, hasta el de brigadier, para el que fué nombrado en Noviembre de 1868, y obteniendo un año después el despacho de contraalmirante; comenzó su carrera marítima, siendo alférez de navío, con el mando de la lancha *Vizcaya*, y después de la goleta *Isabelita*, y fueron los últimos buques, por no contarlos todos, que estuvieron á sus órdenes la corbeta *Isabel II* y la fragata *Córtés*; hallóse en diversas acciones y combates, y ganó la medalla de África por su eficaz concurso en las difíciles operaciones que practicó la Marina en la guerra de 1859-1860; desempeñó importantes destinos, y entre otros, los de comisario del Almirantazgo, comandante general de la escuadra de Instrucción, y Consejero de Estado; estaba, en fin, condecorado con grandes cruces de Carlos III, Isabel la Católica, San Hermenegildo, Mérito Naval y otras muchas nacionales y extranjeras, y había sido declarado benemérito de la patria.

Al efectuarse la restauración de la Monarquía, el Sr. Durán y Lira, que permaneció alejado de la vida pública durante el período de 1868 á 1875, entró á formar parte del primer gabinete de D. Alfonso XII, encargándose de la cartera de Marina; más eran tan firmes sus creencias católicas, y estimaba en tanto la unidad religiosa, que hizo dimisión de su cargo por no sancionar con su voto en el Senado la base 11.ª de la Constitución de 1876, que confirmaba la ya existente tolerancia de cultos.

Su paso por el departamento de Marina no ha sido infructuoso: el Sr. Durán y Lira llevó á cabo algunas reformas de importancia, é hizo cuanto le fué posible para el aumento del material flotante y la mejor organización de los arsenales. La patria ha perdido en él un servidor inteligente, leal y caballeroso.

EL VAPOR NORTE-AMERICANO «CITY OF ROME»,
para el transporte de cereales á Europa.

Para que se comprenda la inmensa importancia y el maravilloso aumento progresivo de la producción y exportación de grano en los Estados Unidos de la América del Norte, no hay más que fijar la mirada en los siguientes datos oficiales de *The Bureau Of Statistics*, que copiamos del autorizado periódico neoyorkino *Scientific American*: en el año 1850 la producción fué de 100 millones de fanegas (*bushels*) de cereales (trigo, cebada, avena, centeno, etc.), y la exportación, por valor de 13 millones de pesos; en 1880, la primera ascendió á 2.700 millones de fanegas, y la segunda, á 288 millones de pesos; por último, en los ocho primeros meses del presente año, cuya producción total no se conoce todavía con exactitud, el valor de la exportación ha excedido de 20 millones de pesos por mes, ó sean 160 millones en los ocho meses.

¿A qué se debe el fabuloso incremento que ha adquirido allí, en treinta años, la producción de cereales, y por lo tanto, la riqueza del país? El suelo es fértilísimo; pero también lo es en otras comarcas del globo, que producen menos; los medios de transporte, por vías férreas y fluviales, son numerosos; pero también los tienen otras naciones de Europa. Débese principalmente, y el *Scientific American* lo reconoce, al empleo de excelente